

chlin mereció que los últimos helenos le creyeran uno de los depositarios del alma inmortal y del pensamiento científico de su patria; Reuchlin, al tomar en el tesoro de su erudicion las armas de las ideas para perseguir la ignorancia y la codicia de los frailes, no solo expresó un pensamiento de su adorada Alemania, sino que satisfizo una necesidad de la civilizacion universal, y en tales términos, que las gentes mas esclarecidas del clero, los platónicos adversarios de aquel aristotelismo sensual y materialista, degeneracion ya de la escolástica, le defendieron y le apoyaron, hasta sacarle á salvo en la corte del Papa Médicis; y todas las supersticiones, y todas las herejías contra la razon y la libertad trataron de morderle y aun de devorarlo, sin alcanzar otra cosa que exaltar su nombre en la memoria del género humano y hacerle acreedor al agradecimiento de la posteridad. Todos estos afectos debia expresarlos el mas batallador de los escritores germánicos, el inmortal caballero Ulrico Hutten, otro de los grandes colaboradores de la Reforma y de los grandes agentes de la revolucion.

No hay que ocultarlo: Hutten, al expresar su odio á la Roma pontificia, responde por completo á un sentimiento tradicional en la aristocracia germánica. Cuanto mas se profundiza el estudio de las revoluciones, mas se penetra el ánimo de que todas, las religiosas como las políticas, las políticas como las sociales, tienen su fondo comun y guardan un espíritu idéntico. Nunca se consumara la revolucion británica, sin la iniciativa de las clases mas poderosas y fuertes empeñadas en fundar, para contener la monarquía, sus instituciones parlamentarias; nunca se consumara otra revolucion mas democrática, la revolucion francesa, que debia traer la igualdad republicana á las leyes, sin que las altas clases la iniciasen allá en sus salones, la defendiesen allá en sus libros y la formularsen allá en la última noche del feudalismo, en la creadora noche del 4 de agosto de 1789; nunca la revolucion religiosa se cumpliera, si las altas clases, los grandes electores, los aristócratas de primer orden no cooperaran á su establecimiento y consolidacion. No puede ocultarse que tenían para ello dos móviles capitalísimos: uno, la rivalidad eterna con los soberanos eclesiásticos para agrandar á costa de estos sus territorios; otro, la aspiracion constante á una independenciam económica para ahuyentar las exacciones del Papa; no puede ocultarse que tenían un fin inmediato y bien

utilitario, el fin de quedarse con los bienes canónicos adscritos á los monasterios y á las iglesias; pero tal es el género humano, cuerpo y alma, bestia y ángel, como los vegetales y como los animales en su organismo, como los dioses en su esencia superior: el comercio de las ciudades italianas aguijonea las artes del dibujo; el oro de América aviva la audacia de los navegantes y el heroismo de los descubridores; aquel vellocino de ricos metales que buscaban los argonautas en sus expediciones mitológicas resulta el eterno talisman de todas las navegaciones, á cuyo término se encuentran las grandes conquistas de todos los progresos; y no podian exentarse de esta ley comun los barones alemanes, que, al trabajar por su propia riqueza y por su particular engrandecimiento, trabajaban por la revolucion universal. A esta clase, á la clase aristocrática pertenecia el segundon Ulrico Hutten. Así nació en almenado castillo, enorme fortaleza, compuesta de fuertes torreones, coronada de feudales barbacas, construida no para el placer, sino para la seguridad, en que los muros empezaban donde concluian los fosos y las armerías donde concluian las cuadras; todo él oliente á sangre y pólvora; todo él habitado por señores de lanza, caballos de guerra y perros de caza; todo él circuido por selvas ensangrentadas en cien batallas y llenas todavía de lobos y de águilas; todo él teatro al cabo de luchas continuas, pues en estos mismos tiempos dormia la aristocracia alemana sobre sus pieles de buey con casco y con coraza.

Quien de esta suerte se educaba, debia ser en lo porvenir el príncipe incontestado é incontestable de los periodistas modernos. Todas sus facultades se adaptaban á este ministerio: la rapidez en la improvisacion, la abundancia en las ideas, el estro en el estilo, el empuje en la polémica, la profundidad en las sentencias colocada sobre tenues y ligerísimas formas, la furia en el ataque, la prontitud en el asalto, la grosería en el insulto, los ardores de todas sus pasiones, y la milagrosa facilidad con que ideaba todos los conceptos, y despues de ideados, los vertia y encerraba en brillantes y correctísimas formas. Quizás nadie ha contribuido, como él, á la destruccion de los ídolos adorados en el seno de los siglos medios. Representa en la historia de la revolucion religiosa Hutten ministerio muy parecido al que representa Luciano en la historia de la revolucion cristiana. No pueden los Padres de la Iglesia,



ni los mas elocuentes, ufanarse de haber asesinado la antigua religion, como puede y debe ufanarse el satírico inmortal, que ha escrito aquellos sarcásticos diálogos, modelos acabadísimos y perfectos de refinada ironía. Ninguna de las oraciones pronunciadas por los Padres de la Iglesia ha causado al Paganismo tanto daño como aquella especie de comedieta lucianesca titulada los «Dioses en almoneda» y que satiriza los celos de Juno, las calaveradas de Júpiter, los amores desenfrenados de Vénus, la cojera y la fealdad de Vulcano, los inútiles furios de Marte. En ninguna de las producciones antiguas se ve tan de cerca morir y espirar el Paganismo, cuando los dioses aguzan sus rayos que no dan luz ni calor, ni estallidos; y al inclinar sus frentes ceñidas de coronas para ver la tierra, encuentran que sus templos se caen, que el fuego de sus trípodes se apaga, que sus antiguos sacerdotes se dispersan, que sus fieles y sus adoradores se van, que nada les queda ya en el mundo, mientras el frio de la indiferencia sube y sube hasta cubrir con su nieve las cimas del Olimpo y helar la sangre en las venas de los divinos habitantes de esta montaña celestial. Pues ahí teneis el ministerio de Hutten, el caballero de Franconia, en el desarrollo de la religion protestante, ministerio de ironía, ministerio de negacion, ministerio de guerra, ministerio que resume en fórmulas sencillas y luminosas las ideas heréticas y las pasiones rebeldes esparcidas y diseminadas en mas de quince siglos.

Hutten es un guerrero, lo mismo con la pluma que con la espada. Su educacion tiene algo de la educacion de los lobeznos, que rodean su castillo feudal, como que está criado para el combate. Sin embargo, sus padres hicieron, como solian hacer entonces con todos los segundones todos los padres, amortajarlo en el sayal de la penitencia y reducirlo en las cuatro paredes de un monasterio. El corazon de Hutten, que hubiera con sus latidos, semejantes á martillazos, roto la armadura de un guerrero, con mayor facilidad rompía aun el sayal de un monje. Sirvióle el convento para aprender las rudimentarias ideas indispensables al comienzo de una verdadera educacion científica; pero no pudo, no, servirle al desarrollo de las pasiones en la juventud, como espacio demasiado estrecho para la expansion de un alma tan grande. Hutten se dirigió á sus padres en demanda de que lo sacaran de aquel infierno. Adheridos los autores de su vida por completo á las ideas de aquel tiempo,

creian propio de su ministerio contrariar las vocaciones de su hijo y desoir las súplicas. De esta suerte, ni la autoridad de su padre, ni el amor de su madre se conmovieron á los ruegos é instancias del desgraciado jóven. Y Hutten huyó del monasterio. A los diez y seis años encontróse sin hogar, sin familia, sin profesion, sin fortuna, solo como el náufrago que ha perdido cuanto le pertenecía en una tormenta, entre las tempestades del mundo, combatido, sin ningun auxilio en su defensa; como si la sociedad y la naturaleza quisieran de consuno hacerlo una individualidad independiente y acerarlo para las mas tremendas y mas terribles empresas.

El gran caballero, despues de haber pasado por la ciudad de Erfurt, se alojó en la ciudad de Colonia. Allí corrió al seno de la Universidad, porque el saber y el amar constituian las dos necesidades capitales de su alma; y consagróse con actividad concentrada y constante á la meditacion y al estudio. Aprendió, en efecto, la ciencia escolástica y su dialéctica, la fulminacion de argumentos brillantísimos, los golpes rudos de silogismos alambicados, la manera de sostener el pro y el contra en treinta tésis diversas, la vana y miserable gimnasia en la cual adquiria fuerzas el espíritu, inaplicables luego á ninguna ciencia, que no fuese la nacida entre las telarañas de la escuela y comentada por la rutinaria repeticion de las tradiciones. Afortunadamente para el género humano y para su gloria, levantábase sobre estas fórmulas vacías, sobre estos sistemas inanes, sobre estas viejas tradiciones sin alma, la luz de la antigüedad, el buen sentido griego y romano, la esplendente nitidez de las formas, la palabra inmortal de los grandes escritores, el sentimiento de la naturaleza con el sentimiento del arte, los ricos tesoros de esa antigüedad clásica, que no contenta con producir los mayores pueblos del mundo antiguo, producía tambien el mayor siglo de la historia moderna. En este comercio continuo y constante con la antigüedad, aprendió Hutten algo de ese estilo, que tanto le aproxima por lo ligero, por lo aéreo, por lo chispeante, por lo rico en contrastes, por lo comunicativo, por lo fácil á la expresion así de las ideas como de las emociones, por todas sus cualidades centelleantes, á Camilo Desmoulin y á los principales periodistas modernos.

A las cualidades literarias que poseía en tan alto grado, uniéronse las experiencias de la vida que tanto necesita en este mundo todo escritor del



género de Hutten. Alguien le ha comparado con Ulises. Y en efecto, su vida toda aparece como una Odisea continua; solo que, en vez de ser la Odisea del comercio y de la navegacion, es la Odisea del combate y de la guerra. Así llega al Norte de Alemania, visita las riberas del Báltico donde las tempestades del Polo le prueban y le afligen y las tierras de la Pomerania donde los bandidos del feudalismo le asaltan y le roban; recorre el mundo á su arbitrio, sin un maravedí en la escarcela, ni mas refugio ni mas hogar que la Providencia divina, ni mas patrimonio, como los pájaros, que el aire por sus pulmones respirado y el suelo extendido bajo sus plantas: en Pavía está á punto de morir, tanto á manos de los sitiadores como de los sitiados, y en su congoja escribe su epitafio: de un convento pasa á una Universidad, de una Universidad á una mancebía, de una mancebía, donde adquiere males que no se pueden nombrar y que le apenan hasta la hora de su muerte, á un campamento, de un campamento á un palacio arzobispal, de un palacio arzobispal á un viaje sin objeto y sin término, en que satisface la primera necesidad de su vida inquieta, la necesidad del movimiento para que sus ideas se desarrollen y se aceren sus nervios. En este cambio continuo de parajes, en esta incesante transicion de un punto á otro punto, en estas necesidades diarias de la vida, siente lo que no hubiera podido sentir de quedarse allá en las cimas del castillo y de reducirse á las cuatro paredes del claustro; siente todas las miserias humanas, participa de todos los humanos dolores, llora con los que lloran, sirve con los que sirven, combate con los que combaten, conoce todas las aficciones que se arrastran allá en las cabañas del pobre y todos los orgullos y todas las soberbias que se levantan allá en los palacios del rico, sabe la ignorancia del monasterio, la corrupcion del obispado, la tiranía del noble, la servidumbre del plebeyo; y en virtud de esta pasion terrible, en que apura como nuestro Redentor todos los dolores humanos, representa el lado político de la revolucion religiosa, y trabaja, como nadie, por el principio de los principios, por el elemento de los elementos, por el bien de los bienes, por la libertad.

Nunca, en ninguno de estos héroes de la Reforma, desaparece ni se oculta la pasion acaso mas fuerte, que Dios ha puesto en ellos para moverlos á la accion, nunca desaparece el odio implacable á la Ciudad Eterna. En vano

escriben y hablan como Hutten á maravilla su lengua; en vano consultan y practican su derecho; en vano conocen todos los servicios prestados á la civilizacion por la poderosa iniciativa de sus conquistadores y por las fórmulas sacratísimas de sus jurisconsultos: la sangre germánica se sobrepone en ellos á todo; buscan la lanza de Odino contra los dioses y la espada de Arminio contra los señores del Capitolio; y cuando la residencia de los Pontífices se dibuja en sus caldeadas retinas, repiten con terrible tenacidad juramentos parecidos á los del cartaginés Anníbal y experimentan en su corazon y en sus entrañas odios inextinguibles, furores propios de toda una raza. A mayor abundamiento, Hutten, como Lutero, fué á Italia; y en vez de encontrar la facilidad de la vida y el aprecio por su mérito que esperaba, encontró inclemencias de la naturaleza, heridas de la guerra, olvido y abandono en las grandes ciudades, miseria en el hogar, enfermedades en el cuerpo, tristezas en el alma, por todo lo cual se agravó su odio nativo y tuvo con mayor constancia desde entonces á la nacion de las artes por su implacable enemiga, combatiendo con furia en su dolor á los que mas legítimamente la representan en el mundo, á los soberanos Pontífices.

Un dramático acontecimiento, sucedido al volver Hutten de Italia, mezcla la vida particular del caballero con la vida general de Alemania, y le compromete en accidentes de suma importancia. Su señorial familia prestó servicios de carácter feudatario á los duques soberanos de Wurtemberg; y obtuvo, por esta razon, parte grande en el gobierno é influencia poderosísima en la corte de soberano tan insigne. En una sublevacion de campesinos, los caballeros de la familia de Hutten prestaron á los poseedores del trono de Wurtemberg las poderosas lanzas de la aristocracia franconia, que en tanto grado contribuyera á una costosa é inesperada victoria. En señal de reconocimiento llevóse el duque á su palacio y en su compañía, distinguiéndole con toda clase de distinciones, al jóven Luis Hutten, primo del escritor y uno de los caballeros mas cumplidos que en aquel tiempo contaba la caballerescia Alemania. En las fiestas de la corte, en los torneos de las plazas, en las asambleas de los nobles, en las cacerías y en los ejercicios militares, el apuesto Luis ocupaba un sitio preeminente, captándose por su natural bondadoso y su proceder honradísimo el favor de los fuertes, sin perder la opinion de los humildes.